

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV. Madrid.—Lunes 17 de Agosto de 1863.

Núm. 31.

SUMARIO.

Reseña de la semana, por L. Escudero.—La rita, por J. G. de Tejada.—La mujer, poema, por J. Baeza y Peñasa.—Un almuerzo del duque de Alba, episodio histórico, por Schiller, traducción por J.—Las tres coronas de oro, novela, por Nathaniel Hawthorne, traducción de M. J. de las Heras.—Anuncios.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

El acontecimiento político de mayor importancia, y del cual se ocupa hoy toda la prensa, así extranjera como nacional, es la proclamación del imperio en Méjico. A fuer de buenos españoles no podemos menos de sentir un dolor profundo al ver que allí donde en otro tiempo el gran Cortés reveló al mundo su génio poderoso, que allí donde nuestros padres alcanzaron tan alto renombre y merecida fama, ondea triunfante a la sazón la bandera francesa. Uno de nuestros colegas de la corte, con el que nos asociamos de todo corazón, al hablar de este asunto se expresa en los siguientes términos:

«No nos sorprende, dice, el acuerdo del Consejo de los notables de Méjico, proponiendo la creación de un imperio y proclamando como Emperador al archiduque Maximiliano de Austria. No nos sorprende, pero nos aflige, porque habríamos deseado la candidatura de un príncipe español, aunque su instalación y su sostenimiento hubieran costado cuantiosos sacrificios a nuestra patria, y aunque este deseo fuese fuertemente contrariado por los que condenan en nuestro país, no solo todo conato de reconquista, sino también de protectorado de nuestra bandera. Pero en el punto en que se encuentran las cosas, no habiendo sido nuestras armas las que han sometido a Méjico, siendo nosotros extraños ya, hasta cierto punto, á las operaciones que allí tienen lugar para organizar un gobierno fuerte, la candidatura del príncipe austriaco, como candidatura neutral, es decir, ni inglesa, ni francesa, ni española, nos parece aceptable.»

La desaparición de la forma republicana es ya un progreso: la resurrección del imperio, allí donde la tradición y la historia le señalan un lugar eminente en el orden social y político, la consideramos también como otro progreso que garantiza los intereses europeos en aquella agitada rumanca. Lágrimas de dolor se desprenden de nuestros ojos al ver de qué manera se eclipsa el poder español en lugares donde, nuestra lengua, nuestras leyes y nuestra religión parecían destinadas a perpetuarse. No es culpa nuestra ciertamente, puesto que hemos recordado á todos sus deberes con grande oportunidad y energía, y con una perseverancia en la cual muy pocos nos han acompañado; mas como quiera que esto sea, y en la necesidad de emitir nuestra opinión respecto á los graves sucesos que tienen lugar en Méjico, creada allí, á nuestro despaño, una situación que no nos pertenece, aceptamos la erección de un impe-

rio en Méjico, sustituyendo á la república, si el pueblo méjicano con sus sufragios le dá vida y se abre un nuevo horizonte de orden para aquellas regiones, destrozadas durante muchos años por una sangrienta anarquía.

En Polonia sigue la lucha más encarnizada de día en día; no obstante, ¿hay quien espera un próximo y definitivo arreglo en esta cuestión sin necesidad de recurrir á las armas.

«Si tanto se aguarda de las gestiones diplomáticas, por qué Inglaterra llama á los arsenales á sus obreros marítimos? ¿por qué Francia revista sus escuadras? ¿por qué el Czar visita sus fortificaciones? y en suma, ¿por qué en Constantinopla se toman disposiciones militares preventivas, en vista de una guerra general?»

Quisieramos ser más estensos en esta revista, pero la escasez de noticias por una parte y por otra la necesidad que tenemos de dedicar parte de ella á un asunto de circunstancias, y del que ya nos hemos ocupado en el número anterior, nos impiden el ser más estensos por hoy.

Concluiremos, pues, nuestra ligerísima reseña política, publicando en este lugar el siguiente artículo que se nos ha remitido por el correo interior, y cuya inserción se nos suplica de esta manera:

«Sr. Director de *El Madrileño*.

Muy señor mío: He leído en *El Madrileño* una relación poco exacta y asaz incompleta del *meeting canino* que se celebró noches pasadas en el paseo de Recoletos, y quisiera merecer de la bondad de V. que diese cabida en las columnas del *Ilustrado* periódico, cuya dirección le está encomendada, á la siguiente verídica reseña de lo ocurrido en la espresada reunión. Aunque tengo entendido que V., mas que á los perros, es aficionado á los gatos, y sobre todo á las gatas, espero de su cortesía que no negará el favor que hoy le demanda su atento, seguro servidor que lame sus fianos.

Un perro viejo.

POLITICA CANINA.

Profundamente alarmados los perros de todas castas y colores, naturales y vecibos de la villa y corte de Madrid, con la terrible persecución que sufre la raza entera, y sobre todo con las medidas, no ya de mera policía, sino de alta administración que se anunciaban, comenzaron á reunirse por barrios y decidieron nombrar diputados ó procuradores que, constituidos en asamblea general, acordasen lo más oportuno y conveniente en vista de la gravedad de las circunstancias. Conste, pues, que los perros procedieron desde luego dentro de la órbita legal, y rindieron el debido tributo al sistema representativo que felizmente nos rige.

Antes de efectuar las elecciones hubo, como siempre sucede, dificultades que vencer, ambiciones impacientes que contener, influencias que sufrir é intrigas que desterrar. En cada barrio había, por la parte más curta, die-

candidatos á la diputación, y no ya de canes públicos de claros antecedentes y de nombre ilustre, sino de perros callejeros, audaces buscones y ladradores insolentes, que á pretexto del bien público andan siempre á caza de su particular provecho. Oscuros podencos, estúpidos mastines, galgos entaquecidos por largas vigiliás, y hasta algunos afeminados habaneros, pretendían la honra de formar parte del congreso; y como quiera que, por razones que serían largas de enumerar, la confusión política en nuestra raza toca en el último límite, resultaron electos animales de todos colores, castas y procedencias.

El que suscribe, perro viejo, y como tal marrullero y curioso, por lo de marrullero no pretendió en manera alguna representar á sus hermanos, que barto hace uno con representarse á sí mismo; mas por lo de curioso, buscó con ahínco una tarjeta de tribuna para la primera sesión, y merced á un amigo podenco que habita en uno de los palacios próximos, pudo ver los toros (ó los perros) desde lejos.

Ocupaba la presidencia un Terranova de hermoso aspecto, aunque ya algo viejo y pelon; tocó un cencerro y la sesión quedó abierta.

Presentáronse cinco proposiciones que resuman los cinco grupos principales de la cámara. Era la primera de un vetusto y redondo dogo llamado Piñita, que dice así:

«Pedimos que se haga la declaración preliminar de que todos los males que sufre la raza canina provienen de los mal llamados progresos modernos: ¡viva el gas! ¡viva la basura!» (*Euriosos ladrados en la extrema izquierda.*)

La segunda proposición fué presentada por un pacho Rojo de color y de nombre:

«Queremos que se proclame la libertad y autonomía de todos los perros, á escepcion de los de las beatas y de los que van en coche: que se trasquie á todos los perros de lanas, y se disponga que á los chinos les nazca el pelo, á fin de que todos seamos iguales.» (*Profunda agitación.*)

Signió en turno un podenco llamado Cangrejo:

«Deseamos que no se adopten medidas estremas, que se robustezca el poder ejecutivo de los perros hábiles (*risas*) de los perros sabios, (*una del circo de Cervelli pide la palabra*) que no se halague á la plebe perruna con vanas promesas...» (*Interrupción, síbidos.*)

El presidente: Orden, señores, orden: el galgo señor Cigarrón tiene la palabra:

«Queremos la organización militar de los perros, para resistir al ejército de serenos, polizontes, etc.: que las plazas de jefes solo se confieran á los galgos; que haya marcha música á fin de aturdir el hambre, y ¡viva la libertad!» (*Prolongados aplausos en las tribunas.*)

Por último levantóse sobre las patas traseras un perro mestizo de raza híbrida y color indefinible, llamado Balancin, y habló de esta manera:

«He observado con mucho gusto la unidad de miras que resulta de las varias proposiciones presentadas, y creo que en la esfera de los principios todas son aceptables, todas araban en la órbita de un buen sistema de gobierno. Apliquemos ese prudente y razonado eclecticismo: levantemos una bandera bajo la cual puedan cobijarse todos los hoci-cos; que un ladrado unánime responda á este patriótico pensamiento y comamos mientras nos dejen en paz y en gracia de Dios.»

Este sentido discurso produjo un efecto singular: mientras lo pronunciaba el orador, todos lo escuchaban con esa

atención estúpida que se presta siempre á las cosas que no se entienden; pero apenas lo hubo terminado, desencadenóse tamaña tempestad de abullidos, y combato (al de mordiscos y arañazos, que el presidente sacudió las lanas, como quien se lava las manos, se cubrió poniéndose el hozal, y dió por disuelta la reunión).

Tal ha sido, señor Director, el *meeting* de Recoletos; sus resultados, el recrudecimiento de la persecución que sufrimos, y nuevas y numerosas víctimas de la estriguina. Los perros sensatos (y no digo filósofos porque ambas cualidades no suelen andar juntas) han desaprobado ese paso; imprudente en la forma, aunque perfectamente legal en el fondo, y en reunión secreta han acordado dar á luz un periódico independiente que defienda los intereses de la clase y encargará á un perro literato, propiedad de una poetisa célebre, que escriba un drama patético, que se pondrá en escena cuando se halle terminado el teatro nacional, ejecutado por muchos de nuestros actores que ladran á las mil maravillas.—Justo es que los perros entren de lleno en el movimiento literario, en un país y en unos tiempos en que la literatura está dada á los perros.

Luis Escudero.

LA RISA.

De todos los animales, el hombre es el único que demuestra la alegría arrugando la cara y abriendo la boca. Ni aun el perro y el gato, que son los que mas frecuentan su sociedad, han conseguido imitarle en esto. El gato, para indicar que es feliz contentase con roncar; y el perro es tanto más dichoso cuanto más menea el rabo. Sin embargo, ni al ronquido del gato ni al meneo de la cola del perro se les da el nombre de risa; la risa es propia y peculiar del género humano, por más que hayan Vds. oído hablar alguna vez de la risa del conejo.

Lo mismo que el llanto, el asombro, el terror y todos los demás afectos interiores, la risa da se á conocer al público en la cara. Sin embargo, para que aquellos aparezcan en lo que se ha dado en llamar el espejo del alma, es preciso tocar este ó aquel resorte, como toca el sacristán este ó aquel registro del órgano, según quiere que salga el aire por cada una de sus trompetas. Ya es preciso acudir al corazón, ya á la cabeza; este sentimiento se comunica al interior del alma por la puerta de los ojos; aquel llega á lo íntimo de ella en forma de agradable armonía por medio del oído. El registro de la risa, por el contrario, no existe en un punto determinado; lo mismo se hace enseñar al hombre la dentadura tocándole las alas del corazón que haciéndole cosquillas debajo del brazo.

Es por consiguiente muy fácil el papel del hombre que se dedica á hacer reír á sus semejantes. Los payasos del circo son acogidos cada noche con una halagüeña carcajada desde que asoman su rostro cubierto de harina como los arenques al entrar en la sartén. A un gacetitiero le basta llamar calvo, chato ó jorobado á cualquier ministro, para conseguir fama de chistoso; y saliendo de los labios inocentes de una criatura de pocos años una de esas palabras que no están en el Diccionario, aunque se oyen por todas partes, produce un arranque de alegría en el auditorio.

La risa es, pues, lo mismo que la espuma; está siempre en la superficie del hombre, y pronta á estallar cuando la encierran.

¿No creen Vds. que el *quid dirant*, el buen tono y otros es-

torbos sociales sirven más de cuatro veces de corchos para tapar á las carcajadas la puerta de la boca?

Esa risa franca, estrepitosa y sin miramientos es la verdadera expresion de las alegrías; y aun cuando el siglo presente, que todo lo falsifica, ha introducido en la circulacion la risa falsa con pretensiones de moneda corriente, no por eso es fácil confundir la risa de buena ley con la risa de plomo.

En el siglo de oro apostaría yo cualquier cosa á que no carrian pesetas falsas; aun no se les habia ocurrido á aquellos sencillos mortales que un gato podía pasar por liebre; ¡ya se ve! como que entonces no se usaban otros mirinaques que una corona de pámpanos movidos á menudo por los ceñillos juguetones.

Entonces, cuando la risa danzaba en los labios ó en toda la boca, según se contentaba con la categoría de sonrisa ó seguía hasta tomar la forma de carcajada, ya se podía asegurar que era testimonio de placer.

Peró no hay peor gente que los hombres y las mujeres. En el corazón de aquellos y de estas existe siempre un rinconcillo destinado á la crueldad, cuando no les ocupa desde los pies á la cabeza.

El primer pajarillo que cayera en la trampa dispuesta para cazarle por un amante que trataba de convertirle en cebo para cazar después una zagala; la primera liebre muerta de un estacazo por cualquier bárbaro que quería usurpar á las fieras el privilegio de alimentarse de carne, esos debieron ser los primeros motivos de risa civilizada.

No ven Vds. ya en las carcajadas de aquel salvaje que contempla con tanta boca abierta el inútil aleteo del avecilla cautiva ó las contorsiones de la moribunda liebre, no ven Vds. el germen de ese placer inefable que da animación y vida á las plazas de toros?

Tal es la falsificación de la risa. Como se distingue, digan Vds. ahora, la risa natural de la risa civilizada? ¡Ay! Más vale que Vds. no lo sepan. Figúrense Vds. que á un comerciante en piedras preciosas le ocurrieran deseos de conocer el verdadero valor de los diamantes que atesoraba, encontrándose con que la mayor parte de ellos no eran más que asientos de vasos. Si no se hubiera metido á probarlos, tal vez le habrían dado iguales productos que los legítimos; pero ahora su conciencia le impide ponerlos en circulacion, y quédale el dolor de la pérdida de su capital.

Lo mismo podría sucederles á Vds. si quisieran probar la ley de las risas. ¡Cuántas nos halagan y embelesan, que puestas en la piedra de toque nos llenarian el alma de amargura!

Hasta tal punto llega esta, que la única risa legítima, la risa inocente, lleva hoy este nombre como sinónimo de estúpida.

La risa franca, la que se comunica de unos á otros, procede por lo comun del mal del prójimo. Cuando uno se rompe las narices en una esquina, qué alegría tan pura inunda el alma de los que presencian el suceso! El ver á un hombre volar desde las astas del toro hasta cerca de las nubes, ó al pobre toro cubierto de sangre propia y ajena morir sirviendo de diversión á los que somos débiles que él y necesitan matarle poco á poco y entre todos para hacer alarde de más fuerles, ese es el verdadero motivo de la risa que divierte, de la risa que tiene el privilegio de hacer olvidar las penas.

Riámonos, pues: las faltas del prójimo nos proporcionan á cada paso motivos de júbilo, cuando vemos jugar la

risa en ajenos labios, trasladémosla á los nuestros, y será el azúcar que endulce nuestras penas.

La risa es hija y madre á un tiempo de la alegría; démosla llenar nuestra alma de fugitivo gozo, y no andaremos en origen á riesgo de convertirla en lágrimas.

Así en un hermoso día el azul del cielo nos alegra, y aquel azul tan brillante no es cielo ni es azul. ¡Ay! ¿qué en el mundo, si pretendemos tocar cualquiera de las cosas que nos halagan, solo encontramos polvo ó nubes pasajeras!

JOSÉ GONZÁLEZ DE TRIADA.

LA MENDIGA.

APUNTES PARA UN DRAMA.

A riesgo de que algunos de mis lectores me tachen de poco oportuno, he de referirles un suceso que me ocurrió ayer tarde.

Apenas los rayos del sol dejaron de ejercer su activa influencia sobre nosotros; echéme fuera de mi morada en busca de espacio donde respirar libremente.

No habia andado gran trecho, cuando sentí á espaldas mías la voz de un antiguo y querido amigo, que me dijo:

—Hacia dónde marchas?

—No llevo dirección determinada; solo busco aire libre, le respondí.

—Pues entonces no tendrás inconveniente en acompañarme.

—Como gustes. Pero á dónde vamos?

—Vaya una pregunta! Me contestó como sorprendido. Y cambiando entrambos una mirada de inteligencia entendimos la marcha bien penetrados de cuál habia de ser el término de nuestro paseo.

Ya habrán comprendido los lectores que nos dirigiamos al Prado: El Prado en estos tiempos es para muchos un gran recurso.

Llegamos á él, y después de dar no pocas vueltas y de sorprender algunas tierras y significativas miradas, sentíme la necesidad de tomar descanso. Habíamos paseado cerca de dos horas, lo cual supone que serian mas de las siete, cuando llevados de tan pacífica determinación, nos sentamos.

Una vez en nuestros asientos pasamos revista á aquellas cuestiones que, como suele decirse, están á la orden del día.

Nos condolimos amargamente de que esa tirana moda de ir á tomar baños, que se ha erigido en artículo de primera necesidad, y es para muchos como el pan nuestro de cada verano, nos arrebatase una tan considerable parte de nuestras bellas y elegantes jóvenes.

Quando con mas entusiasmo hablabamos, vino á interrumpir nuestra animada y varia conversacion, una pobre mujer que con un niño de corta edad en los brazos clamaba, dirigiéndose á nosotros.

—Caballeros, una limosna por el amor de Dios!

Al oír estas palabras, mi amigo como sorprendido, ó como si algun recuerdo de idea fatal le hubiese asaltado, se volvió repentinamente hacia la desgraciada que nos imploraba de aquel modo; y después de mirarla con un cesoso presio llena de ternura, estampó un beso sobre la frente del niño y dió á la madre algunas monedas. Yo por mi parte hice lo que pude en aquella buena obra, y la mujer se retiró murmurando bendiciones.

No dejó de extrañarme la sorpresa de mi amigo al

oir la súplica de la pobre; el beso que imprimiera sobre la frente del niño, y mas que todo lo suspenso y pensativo que quedó despues de este suceso. Movidó de curiosidad no pudo menos de preguntarle.

—Qué piensas? Qué te pasa?—A lo cual y sin salir de su estado, me respondió.

—Nada. Es que la presencia de esa pobre mujer ha despertado en mí un triste sentimiento recordándome la historia de otra desgraciada mendiga.—Y como yo insistiera en mis deseos de conocer la historia, causa de aquel cambio repentino que se habia obrado en su ánimo, me replicó:

—Puesto que te empeñas, te la referiré. Está atento y oye.

Y doblando la hoja de nuestras antiguas conversaciones, mi amigo empezó diciendo:

—Un año hace que escitado por una hermosa noche paseábame por este sitio y casi á la misma hora. Cansado del bullicio y deseoso de respirar aire mas libre, encaminé mis pasos hácia la alameda que desde la fuente de Neptuno termina en Atocha.

La noche estaba deliciosísima y distraído con mil ideas seguia mi camino sin apercibirme de lo que á mi lado ocurría. Al pasar cerca de uno de los asientos que en el curso de este paseo son tan frecuentes, un ligero murmullo que el aire llevó hasta mis oídos vino á sacarme de aquel letargo. Era la voz de una mujer que, como la que acaba de auscultarse, exclamaba:

—Caballero, una limosna por el amor de Dios!

A causa del lugar y la hora sorprendíome algo mas el acento dulce de aquella voz que imploraba la caridad pública. Me acerqué al sitio con ánimo de socorrerla, y á favor de la luna que, cual lluvia de plata, derrapaba sobre nosotros sus argentinos rayos, pude distinguir á una hermosa jóven que tenia entre sus brazos á un tierno y delicado infante.

La jóven frisaría en los veinte y cuatro años. Las formas de su cuerpo no te las puedo describir, porquemalvestida como estaba y envuelta en las sombras que proyectaban los árboles, no me fué fácil formar idea de ellas. Pero su rostro era divino. En él se reflejaban, no solo los rasgos de una esmerada educación, sino la bondad y hermosura de una grande alma.

De tez blanca y de color apagado; de abundante y negra cabellera, de ojos azules, circundados por grandes pestañas que parecian hebras de seda; de dulce y melancólico mirar, aquella mujer se apareció á mi vista como un ensueño, y mas que á persona humana, creia tener delante de mí una de esas virgenes que han reproducido los pinceles de Murillo y de Rafael.

A primera vista comprendí que aquella hermosa jóven era presa del dolor. La palidez de su rostro, las sombras que velaban sus ojos, y su triste mirar, á la vez que la imprimian mayor aire de belleza, pero de esa belleza impregnada de magestad que nos inspira respeto; daban indicios de que alguna desgracia acibaraba su existencia.

Al acercarme á ella, un ligero ruido producido por el viento que columpiaba las ramas de la arboleda, despertó al niño, el cual al fijar en mí su vista, balbucó una de esas palabras que en la edad de la inocencia son tan frecuentes en todos ellos cuando distinguen á un hombre: el niño llamó á su papá.

Al oír esta inocente frase, la jóven dejó caer una mirada compasiva sobre aquella criatura, y estrechándola contra su seno, y diciendo con lastimero acento—hijo mío!

dió rienda suelta á su padecer, y de sus ojos empezó á brotar amarguísimo llanto que inundó los rubios cabellos de su hijo.

Aquella explosion de dolor, aquella hermosa jóven de modestas y finas maneras, que asida fuertemente al tierno niño se deshacia en copiosas lágrimas, interesaron vivamente mi corazón, y con el deseo de ver si encontraba lenitivo á sus males, la dije:

—¿Qué tiene usted, jóven? Quisiera saber si puedo servirle en algo? Mas como nada me respondiese y continuase llorando y repitiendo la palabra «padre,» la pregunté:

—Tiene V. padres?

—Padres! respondió la jóven con triste gemir. ¡Padres! Yo no tengo mas padre que la Providencia, ni mas madre que la Caridad!—Y nuevas lágrimas se desbordaron cual impetuoso torrente, de aquellos ojos encendidos por el llanto.

Yo no podia separarme de su lado sin ver el modo de sacarla de aquella violenta posicion.

—Usted debe padecer mucho. Hondo pesar oprime, sin duda, su corazón. Si cree que desahogándose con un amigo podrá encontrar consuelo, hágalo ahora sin cuidado; que yo guardaré sus secretos como los guarda el mas fiel de los amigos, ó el mas tierno de los padres.

—Gracias, caballero, me contestó con acento dulce acompañado de tierna y expresiva mirada. Yo no puedo encontrar consuelo aquí en la tierra. Mi dolor es muy grande.

—Quién sabe, la dije, quién sabe si lograré consolarla?

—Me parece imposible, pero puesto que V. lo desea le contaré lo mas esencial de mi triste vida.—Y con los ojos inclinados al suelo como si temiera al levantarlos ofender el esplendor de las estrellas; coloreadas las mejillas de ligero carmin, y con frases entrecortadas por sollozos, la jóven comenzó de esta manera.

(Se continuará).

PEDRO DE ALCANARA GARCIA.

LA MUJER.

...Es la mujer, en fin, como siempre...

...que unas veces es vida y otras mata...

...Porque aquel que llegare á conocerla...

...no vivirá con ellas, ni sin ellas.

(Quirano).

No hay nada tan inconexo en el mundo, segun creo, como lo que el sexo feo ha dicho del bello sexo.

«La mujer, supremo mal.» «La mujer, supremo bien.» «Ya es una huri del edén!» «Ya es una harpia infernal!»

Para unos ser adorado, para otros ser maldecido; ya es un serafin caído, ya un demonio levantado.

Para estos ciepo mezquino, para aquellos santo arcano... unos le quitan lo humano, y los otros lo divino.

Y para mas confusion, entre tantos pareceres

acerca de las mujeres,
todos tenemos razon.

Cuanto en el mundo se encierra
en ella reunido ves,
puesto que la mujer es
el resumen de la tierra.

Plugo á Dios en la creacion
poner por partes iguales,
á los bienes con los males
en constante graduacion.

Y á su mas perfecta hechura,
ultimatum de su obra,
puso mal y bien de sobra,
y nació esa criatura.

A quien llamamos mujer,
que si buena ó mala sale
no hay hombre que se la iguale,
porque es Dios ó Lucifer.

Ella el fruto amargo muerde,
y hunde á la serpiente impia:
ella es EVA y es MARIA;
ella nos salva y nos pierde.

LUCRECIA BORGIA se llama
si hace del crimen su empresa;
se llamó SANTA TERESA
si á Dios puramente ama.

Si grande reina, ISABELLA
si ambiciosa, CATALINA;
si lúbrica, MESALINA;
y PENÉLOPE, si fiel.

Semiramis funda imperios;
Lucrécia tronos abate;
CLEOPATRA en fiero combate
lanza á entrambos hemisferios.

HELENA en guerra cruel
pone á griegos y troyanos;
JUDITH con sus propias manos
salva al pueblo de Israel.

Si THAIS quema una ciudad,
otra levanta PARRISI;
una y otra con lo que
produce su... honestidad.

Si DINO desesperada,
demandá al cielo la muerte,
al verse de aquella suerte
por Eneas olvidada;

Tambien CALPESO lloró
cuando su Ulises se fué:
ne pouvait se consoler
mientras otro no encontró.

¡Cuántos han perdido el cielo
por entregarse á su amor!
Hércules perdió el valor,
Sansón la fuerza... y el pelo.

Green los hombres gobernar
el mundo con su talento,
muñecos de movimiento,
que ellas saben manejar.

Sexo fuerte nos llamamos,
¡vana ilusion del deseo!
Lo que yo en el mundo veo
es que vencidos quedamos.

Y siempre rendida miro
nuestra fuerza ponderada,
solo con una mirada,
una lágrima, un suspiro.

¡Yes ese ilustre guerrero,
que de victoria en victoria
alcanza renombre y gloria!
La mujer brilla en su acero.

¡Yes ese sábio eminente,
que con su saber profundo
hace progresar al mundo!
La mujer arde en su mente.

¡Yes esa inmensa creacion,
ese poema brillante?
es la comedia del Dante
de BEATRIZ la inspiracion.

¡Yes esa imagen divina
que trazó ilustre pincel?
Si la pintó RAFAEL,
la inspiró la FORNARINA.

En las ciencias, en las artes,
en la creacion entera,
la mujer por donde quiera,
la mujer por todas partes.

Cuanto el universo encierra,
en ella reunido está:
siempre la mujer será
alma y vida de la tierra.

F. ESCOBERO Y PAROS.

UN ALMUERZO DEL DUQUE DE ALBA.

POR SHILLER.

Hojeando una crónica del siglo XVI, titulada: *Des in Ecclesia et Politica christiana gestae ab anno 1500 ad anno 1600*, autoré Sr. Gessing. Th. D. Rudolfs 1676, hallé la siguiente anecdota, que por muchas razones merece no quedar sumida en el olvido, tanto ménos, cuando la veo confirmada en un escrito que lleva por epigrafe: *Maisoléa manibus Melse-lá posita á Br. Melch. Dedekinda 1758*. Tambien puede consultarse al efecto el *Alde Spiegel de Spangenberg*, 1.ª parté, t. XIII p. 445.

Una señora alemana, oriunda de ilustre casa, célebre por el valor héroeico de los de su familia; y por haber dado un emperador al trono de Alemania, hizo poco menos que temblar con su resuelta conducta, al terrible duque de Alba.

Cuando el emperador Carlos V, despues de la batalla de Meulberg pasó por Thuringia, camino de Franconia y Suabia, la condesa viuda de Schuarzthourg, hija del príncipe de Henneberg, obtuvo de él una salvaguardia, en cuya virtud sus vasallos no sufrirían ninguna de las cargas ajenas á la marcha de un ejército. En cambio se obligó á proveer por precio módico y trasportar á Rudolstadt pan, cerveza y otros viveres, para el mantenimiento de los soldados españoles que atravesaran el rio, por aquella parte. A pesar de esto, tuvo la precaucion de hacer cortar con prontitud el puente mas cercano á la villa, temerosa de que siendo fácil la entrada en Rudolstadt no cayesen en tentacion de saquear sus huéspedes.

Al mismo efecto autorizó á los habitantes de sus estados para que llevasen á su palacio aquello que tuviesen en mas estima.

Así las cosas, se acercó á Rudolstadt el general español acompañado del duque Enrique de Branswich y sus hijos, y haciendo adelantarse un mensajero, le convidó á almorzar en el palacio de la condesa. Tan modesto deseo, manifestado por quien acudillaba un ejército aguerrido, no podía quedar desairado: «Se ofrece lo que hay, tal fué la respuesta, á condicion de que su excelencia sea indulgente,»

recordando al mismo tiempo lo de la salvaguardia y su estricto cumplimiento.

Dispensó la condesa franca y amistosa acogida al duque, quien tuvo que convenir en que las señoras de Thuringia entendían de cocina y de las leyes de hospitalidad.

Mas apenas se habían sentado los asistentes al convite, llega un correo á escape y pide hablar con la condesa. Levántase, y sabe de su boca que los soldados españoles habían cometido desmanes en varias aldeas y llevádose porción de rebaños.

Catalina, que así se llamaba, era la madre de sus vasallos, el bien ó el mal que acontecía á cualquiera de ellos lo consideraba como propio. Así es que, indignada por la falta de fe á lo prometido, pero sin perder por eso su presencia de ánimo, mandó armarse en el momento á todos los criados y levantar el puente del castillo, hecho lo cual entró en el salón donde aun se hallaban los convidados. Se queja, valiéndose de los resortes que más podían enternecerlos de lo sucedido, y al oír la respuesta que le dan, entre risas, de que esos son accidentes de guerra y que en una marcha es imposible evitarlos; «lo veremos», escríama encolerizada; se ha de restituir á mis vasallos lo que han perdido, ó de lo contrario, os lo juro por el cielo, (y al decir esto levantó mas la voz) que tomaré en desquite vuestra cabeza. No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando penetró en la habitación un tropel de hombres armados que, con la espada en mano, fueron á colocarse en círculo al rededor de la mesa. Al verlos, el duque de Alba palideció, y todos los asistentes se miraron unos á otros. Ciertamente era crítica su situación, porque por grande que fuese su valor, los enemigos eran mucho mas en número, y estaban separados del ejército. No quedaba otro recurso, pues, que el de resignarse, capitular y ver de aplacar el justo enojo de la condesa á cualquier precio.

Enrique de Brunswick, que se repuso de la natural sorpresa el primero, rompió en carcajadas y tuvo la feliz idea de tomarlo á broma; elegió la maternal solicitud de Catalina, el arroyo de que había dado prueba, la suplicó que se tranquilizase, y se comprometió á influir con el duque de Alba para que se reparase el mal, en lo que, razonablemente, se exigiese.

En efecto, lo decidió á despachar, en el acto, un correo al ejército para que se restituyese lo tomado por las tropas.

Cuando la condesa estuvo segura de que así se había hecho, dió por ello las gracias á sus huéspedes de la manera mas afectuosa, y estos se despidieron.

Sin duda por esta aventura es por lo que Catalina, condesa viuda de Sahuartbourg, recibió el sobrenombre de Heroica.

LAS TRES MANZANAS DE ORO.

POR NATANIEL HAWTHORNS.

(Conclusion.)

Había dormido probablemente un buen rato, cuando la taza vino á tropezar con un peñasco, y despidió un tañido cien veces mas intenso y sonoro que podría despedir la campana mayor de la catedral mas grande del mundo. Como era de esperar, Hércules se despertó, se levantó, dió un salto, se asió al borde y miró en torno de la taza lleno de curiosidad. Vió primero que en el bajel había surcado una gran parte del mar, y que se acercaba á una como isla. Y ¿qué le parece que vió en ella? Apuesto doble contra sencillo á que no acertas! Vió la cosa mas extraordinaria de cuantas había visto en el curso de sus viajes y sorprendentes aventuras; vió una maravilla mas grande que la del dragón de nueve cabezas; mas grande que Garion el de las seis piernas; mas grande que Anteo; mas grande que todo cuanto había visto antes y despues, y mas grande que todo cuanto verá en los siglos por venir todos los viajeros del

mundo: ¡vió un gigante! Pero un gigante de talla tan prodigiosa que era grande como una elevadísima montaña!

Las nubes rodeaban su cintura, y flotaban en torno de su boca y de sus ojos, de manera que no podía ver ni á Hércules ni á la taza donde navegaba. Y lo que habia de mas maravilloso es que este personaje tenia sus manos colosales levantadas en alto, sosteniendo el cielo que descansaba sobre su cabeza. ¿No es verdad que parece mentira todo esto?

Pues, señor, como seguía la taza navegando, al fin quiso Dios que llegase á la orilla, y precisamente en ocasión que una fuerte brisa despejaba la cabeza del gigante de las nubes que la cubrían. Entonces si que pudo ver Hércules la grandeza de sus facciones: dos ojos como dos lagunas, la nariz larga, cosa de un cuarto de legua, y la boca en proporción. Era una cara á la que su magnitud hacia terrible; advirtiéndosele sin embargo, señales muy marcadas de cansancio y de fatiga, como acontece á los hombres que se echan á cuesta cosas con las cuales no pueden. El cielo, pues, venia á ser para este señor lo mismo que una comisión de muy árduo desempeño para quien carece de la habilidad necesaria para desempeñarla. Y téngase esto muy en memoria: siempre que el hombre acometa empresas que no estén en proporción de sus facultades, le sucederá lo propio que al pobre gigante de que hablo.

¡Pobre diablo! Figúrate si haría tiempo que estaba allí á pié quieto, que habia crecido á sus pies un bosque, y que hasta por entre los dedos le salían encinas viejísimas, de seis ó siete siglos lo menos.

El gigante bajó los ojos, y al divisar á Hércules, lanzó un rugido semejante al trueno y le dijo:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes metido en ese cascarón?

—¡Yo soy Hércules, contestó nuestro héroe ahuecando la voz, tanto que casi se parecía á la del gigante; y busco el jardín de las Hesperides!

El que estaba con el cielo á cuesta dió una formidable carcajada.

—Y ¿por qué no? reptó Hércules algo amostazado con la risa de su interlocutor. ¿Piensas, por ventura, que tengo miedo al dragón de cien cabezas?

Mientras departían de esta manera, se agudularon densos nubarrones al rededor del gigante, y estalló una terrible tempestad, acompañada de truenos y relámpagos, quedándose Hércules, de consiguiente, en ayunas de cuanto le respondió. Solo percibía, entre torbellinos, las inconmensurables piernas del coloso, y de tiempo en tiempo alguna que otra palabra; porque lo demás del discurso se confundía con el estrépito de las nubes ó se lo llevaba el viento; de suerte que el muy tonto gastó sin provecho una cantidad incalculable de aliento y de saliva.

Al fin quiso Dios que la tempestad se disipase, que el cielo apareciese tranquilo sobre las espaldas del gigante, y que el sol tornase á brillar, iluminando los contornos de alguna que otra nube, que aun permanecía suspendida de coraje. ¡Y la cabeza del gigante estaba tan alta, tan alta, que ni siquiera se habia mojado un pelo!

Cuando volvió á ver á Hércules, de pie en la orilla, le dijo: —¡Yo soy Atlas, el gigante mas poderoso del mundo, y sostengo el cielo con la cabeza!

—Ya lo veo, le contesto á Hércules; pero ¿me podrías indicar el camino del jardín de las Hesperides?

—¿Para qué?

—Para cojer tres manzanas de oro que necesita el rey mi primo.

—Solamente yo puede ir al jardín de las Hespérides y cojer las manzanas de oro. Si no fuese porque tengo el cielo á cuestas, en cuatro zancadas iba por ellas.

—Mil gracias. ¿Y no se podría poner el cielo sobre alguna montaña?

—No hay ninguna que sea bastante alta, dijo Atlas; pero si tú quieres ponerte en la cumbre de esta (señalando la mas próxima,) tu cabeza vendrá á quedar al nivel de la mía. Me pareces mozo robusto, con que si tienes empeño en llevarle las manzanas, carga con esto mientras hago el mandado.

Es preciso tener presente que Hércules era hombre de una fuerza extraordinaria; así que, si bien se hacía menester gran potencia de músculos y sendos puños para sostener el cielo, á no ser Hércules ningún mortal podía hacerlo. Sin embargo, le pareció la empresa tan difícil, que por la primera vez de su vida vaciló.

—Pesa mucho el cielo? preguntó.

—Regular, contestó el gigante; pero al cabo de mil años de tenerlo encima, ya se le sienta á uno sobre las espaldas, ya!

—Y, cuánto tiempo necesitas para ir en busca de las manzanas y traerme las?

—Bah! es negocio de poco momento, exclamó Atlas; porque, como dejo atrás tres ó cuatro leguas de cada paso, estaré de vuelta con las manzanas mucho antes de que te cases.

—Pues, entonces allá voy.

Creo haber dicho ya que Hércules tenía muy buen corazón y al resolverse subir pensó hacer una obra de caridad, proporcionando aquel paseito al gigante. También dijo para su capote: Algo mas vale decir que he tenido el cielo sobre mis hombros, que llamarme vencedor del dragon de las Hespérides. Trepó, pues, á la montaña, llegó á la cúspide, y Atlas, sin decir esta boca es mía, le puso el cielo encima.

Hecho lo cual, sin ningún tropiezo, se tendió el gigante cuan largo era, (figurate el golpe de vista que presentaría!) sacó el primero con mucho cuidado un pié de entre las encinas, luego el otro, y ya libre se puso á dar zapatetas (que aire, loco de alegría. Saltaba y brincaba como un chiquillo, y cada vez que tocaba el suelo hacía estremecer medio mundo. ¡Vaya un bruto! Después dió suelta á la risa; pero ¡qué risa, Dios mío! parecía una tempestad de truenos, cuyos ecos se repetían por las montañas, como si fueran hermanas suyas, alegrándose de su alegría. Cuando se hubo calmado un poco la hilaridad del gigante, se entró por el mar, y del primer paso franqueó tres leguas: le llegó el agua á media pantorrilla; del segundo, otras tres: el agua le cubrió las rodillas; del tercero otras tres: le llegó á la cintura: estaba ya en lo mas profundo del mar.

Seguía Hércules con la vista al coloso; y verdaderamente que ofrecía un espectáculo maravilloso aquel formidable cuerpo humano medio sumergido en las aguas, á mas de diez leguas de distancia, cuya cabeza y espaldas presentaban el aspecto brumoso y las tintas azul-oscuro de una lejana montaña. Al fin, tanto anduvo, que desapareció en el horizonte.

Entonces se puso Hércules á pensar en lo que haría si, por desgracia, se ahogaba el gigante ó moría en las garras del dragon de cien cabezas, guardian de las manzanas de

oro. Porque si sucedía cualquiera de estas cosas, ¿cómo des- embarazarse del cielo? que ya le iba pesando.

—Me dá lástima ese infeliz! exclamó al fin Hércules. Si ya estoy harto de cielo al cabo de diez minutos, ¿cómo deberá estas él, despues de diez siglos que lo sostiene!

—¡Ay! amigo mío; no puedes formarte idea del peso enorme del cielo, que visto desde aquí abajo nos parece tan leve y tan aéreo. A esto, agrega el furor de los vientos, la humedad y el frio de las nubes, y los rayos del sol, cosas todas que se sucedían como para dar mas tormento á Hércules, el cual iba empezando á temer que el gigante no viniese mas, y miraba con ojos de envidia al mundo desde su altura, y se decía: Mas grato es ser pastor al pié de la montaña, que sostener en su cumbre esta máquina inmensal. Y por cierto que no iba fuera de camino, que, aparte del peso específico que gravitaba sobre él, tenía una terrible responsabilidad. Atiende. Con el mas leve movimiento que hiciera se podía bambolear el cielo, salirse de su centro el sol, ó descengancharse las estrellas, que caerían en lluvia de fuego sobre los hombres. Pues, y cuán vergonzoso no sería para él, si por negligencia suya se le hacía un desgarrón al forro azul del firmamento!

No pudo decir exactamente cuánto tiempo habria transcurrido, cuando, con gran contento de Hércules, apareció en lontananza el desmesurado cuerpo de Atlas. No bien se hubo acercado algo (tres ó cuatro pasos) levantó la mano derecha y le enseñó tres soberbias manzanas de oro, del tamaño de tres sandías, pendientes de una rama.

—Dichosos los ojos que te vuelven á ver gritó, Hércules! ya que lo tuvo mas próximo. Parece que diste con el árbol,

—Ya lo creo; y que son poco hermosas, á fé mia. Bien cierto puedes estar de que te traigo las tres mejores que tenía el manzano. Pero, hijo, ¿qué jardín el de las Hespérides! Aquello es un paraíso! Pues, ¿y el dragon? ¿Sabes que merece la pena hacer el viage por verlo? Despues de todo, tal vez te hubiera tenido mas cuenta ir tú mismo por las manzanas, concluyó el gigante con cierta socarronería.

—Tanto monta! Tú has dado ese paseo, y yo mientras, he tenido el cielo con mucho gusto. Conque así, mil gracias por el favor, y toma esto, que ya estoy impaciente por llevarle las manzanas á mi primo, y el camino es largo.

—Poca bulla, contestó el gigante, tirando las manzanas á mas de ochenta mil varas de altura, y recibíendolas al caer en la mano, con la limpieza de un prestidigitador; poca bulla, amiguito, que es usted muy vivo de genio. No es lo mismo que lleve yo las manzanas, y aun mejor, porque puedo ir mas pronto que tú á ponerlas á los pies del rey, ya que tan impaciente está por ellas? Además, maldita tá prisa que tengo ahora de cargar con el cielo.

Al oír estas palabras, fué tanto lo que se impacientó Hércules, que hizo un movimiento con las espaldas, y se desprendieron dos ó tres estrellas. Era la hora del crepúsculo, y los hombres al ver aquella revolución, se aterraron, creyendo que el cielo se les venía encima.

—Muchacho, estate quieto con mil santos, gritó Atlas soltando la risa. Yo no he dejado caer tantas estrellas, durante los cinco últimos siglos. ¿Ya sabrias tener paciencia si llevases dos ó trescientos años de estar ahí!

—Pues qué, ¿te has propuesto dejarme toda la vida con el cielo encima?

—Habla de eso un día de estos. Tampoco podrias quejarte si te lo dejara llevar un siglo ó diez, que yo no soy menos que tú, y lo he tenido mucho mas tiempo, doliendo-

me los hombres y aguantando. Conque así, ánimo, que dentro de mil años, si estoy de humor, tal vez te releve. Tú estás gordo y fuerte, y nunca te se presentará una ocasión mejor de probarlo, y de que la historia se ocupe de tí.

—Pues á mi no me importa un pito lo que diga la historia! prorumpió Hércules, moviéndose de nuevo. Escucha: quieres tomar el cielo un instante, mientras hago una almohada con mi sayo para ponérmela en la cabeza, que ya me duele, y así evitarías todos los inconvenientes que puedan turbar la armonía del mundo en los siglos que pase aquí?

—Nada más justo, voy con mil amores, dijo Atlas, que, á pesar de todo quería bien á Hércules, y que tampoco este podía culpar de cierto egoísmo. Voy, continuó, á tener el cielo por cinco minutos; pero nada más que por cinco minutos, entiendes? que no tengo ganas de pasar otros mil años en la misma postura. En la variedad está el gusto, y yo lo digo.

Valiente borricho era el gigante! Dejó caer en el suelo las manzanas de oro, y tomó el cielo sobre los hombros.

Hércules, entonces, recogió las manzanas y se puso en camino para su tierra, sin dársele un ardite de los ruidos del gigante que, con voz de trueno, lo llamaba.

Otro bosque volvió á crecer á los pies de Atlas y á envejecer. Y se vieron encima encima de seis ó siete siglos, extendiendo sus ramas entre los dedos del enorme gigante.

Y Atlas continúa en estos momentos en que escribo, donde lo dejó Hércules, ó al menos, así lo parece una montaña tan grande como él que hay allí, y cuando la tempestad ruga alrededor de su cumbre, podemos creer que sea el vozarón del gigante, llamando á nuestro héroe.

MARIANO JUDERIAS.

Como comprobante del cumplimiento de nuestras ofertas, insertaremos algunas cartas de nuestros suscritores:

«Saucejo 11 de agosto de 1865.—Sr. D. José Morales y Rodríguez.—Muy Sr. mío: Es es mi poder su grata fecha 4.º del corriente, y juntamente dos libranzas, una de 100 y otra de 10 rs., cuya suma ya he recibido; por lo que no puedo menos de dar á usted infinitas gracias por su eficacia, y por el interés que se toma para atender á las necesidades de sus suscritores, que todos los días y á todas horas derraman abundantes alabanzas al cielo en loor de las buenas almas que tanto se afanan por el bien de la humanidad paciente.

He publicado su atenta carta por todas partes, y todo el mundo elogia su humanitario acuerdo, ofreciéndome muchos que se van á suscribir; veremos si lo hacen.

Espero el recibo hasta fin de año de la suscripción y demás que Vd. me dice.

Queda suyo agradecido y afectísimo S. Q. B. S. M.
Ramon Blanco Díez!

LOTERIA.

En el sorteo verificado el 12 del presente no tocó ningún premio á la compañía.

Para los que se verifican el 18 y 50 del presente mes toca á la empresa los números 9.421 al 9.450.

Los Sres. suscritores que no han renovado la suscripción vencida en el pasado Julio y los que vencen en el presente agosto, se servirán renovarla, si no quieren experimentar retraso en la remisión del periódico.

A LOS FUMADORES.

Los que quieran provistarse del tan bueno como acreditado papel de hilo yodurado, para fumar, que con real privilegio espenden, hace tiempo, los Sres. Alió y Lopez, pueden dirigirse á los principales almacenes de papel, estancos y kioscos de esta corte, donde con seguridad lo encontrarán de venta.

Los pedidos por mayor se dirigirán á dichos señores, calle de Atocha, 72, bajo, los que con puntualidad serán servidos.

Nada decimos de las buenas cualidades que en sí encierra el espresado papel, ni menos del lujo y esmero con que en su fábrica de papel de Alcoy se elabora, por ser ya bien conocida de sus consumidores.

CUADRO

genealógico-cronológico-histórico DE JESUCRISTO.

POR EL Dr. D. RAMON OROZCO.

Este bellissimo cuadro es de cinco cuartas de largo por mas de media vara de ancho: en él está esplicada toda la vida de Jesucristo Señor nuestro. Se vende en la imprenta de este periódico al precio de 10 rs., y remitido al de 14 rs. cada ejemplar.

CUADRO SINOPTICO

De la competencia y principales procedimientos del Tribunal Supremo de Justicia, por D. José Rivera y Vazquez, abogado del ilustre Colegio de Madrid. Tiene mas de una vara de largo por tres cuartas de ancho, á 8 rs. en Madrid y 12 remitido á provincias.—Se vende en la imprenta de *El Madrileño*.

SUSCRICION EN MADRID.

Por un mes. 8 reales.
Por tres meses. 20 id.

EN PROVINCIAS.

Tres meses. 26 reales.
Seis idem. 50 id.

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.

Por un año. 120 reales.

(Franco de porte.)

Colocacion en el Banco de Economias de un real por mes de suscripción, para atender á las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

Propietario y editor responsable,

D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.